

La vida y las aventuras de Jack Engle



Walt Whitman

La vida y las aventuras
de Jack Engle

Traducción y postfacio
de Mercedes Gutiérrez



Primera edición: junio de 2017

Título original: *Life and Adventures of Jack Engle: An Auto-Biography*
(1852)

© de la traducción y del postfacio: Mercedes Gutiérrez, 2017

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2017

c/ Flamenco, 26 - 28231 (Las Rozas) Madrid

www.funambulista.net

IBIC: FC

ISBN: 978-84-947129-0-6

Depósito Legal: M-15151-2017

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Nueva York siglo XIX*

Impresión y producción gráfica: Gohegraf

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com;
91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Una historia del Nueva York de hoy

La vida y las aventuras de Jack Engle

*Una autobiografía en la que el lector
encontrará algunos personajes
que le resultarán familiares*

A RICH REVELATION.—This week's **SUNDAY DISPATCH** will contain the **LIFE AND ADVENTURES OF JACK ENGLE**, an Auto-Biography, in which will be handled the Philosophy, Philanthropy, Pauperism, Law, Crime, Love, Matrimony. Morals, &c., which are characteristic of this great City at the present time, including the Manners and Morals of Boarding Houses, some Scenes from Church History, Operations in Wall-st., with graphic Sketches of Men and Women, as they appear to the public, and as they appear in other scenes not public. Read it and you will find some familiar cases and characters, with explanations necessary to properly understand what it is all about.

m13-1t

*Esta historia se completará en seis números o en menos. El Escritor nos ha facilitado el manuscrito completo y procederemos a la publicación semanal de cada entrega, y así seguiremos hasta que el lector descubra el final.**

EDS

* [*New York Sunday Dispatch*, 14 de marzo de 1852]

PREFACIO

Con toda la sinceridad, lector, vamos a contarle una historia real. La narración está escrita en primera persona, ya que, en un principio, el protagonista principal la anotó con la intención de entretener a un amigo muy apreciado. Aunque la presente narración está de algún modo retocada, se ha eliminado lo superfluo y se han hecho añadiduras donde hacía falta, la esencia de ella permanece. Los sucesos principales ocurrieron realmente en esta buena ciudad que es Nueva York. Habrá unos cuantos lectores, solo unos pocos, que conozcan estos hechos y que se pregunten cómo demonios llegaron a publicarse.

A los protagonistas de este drama verídico les daremos nombres ficticios. Por motivos justificados, los disfrazaremos ligeramente, para evitar que gente extraña a los hechos los reconozca.

De algunos de los rostros que se retratan en la historia supimos a través de fuentes distintas a la que se menciona arriba. Estas las añadiremos u ocultaremos en función de las necesidades de lo que se esté narrando.

I

Un válido espécimen de la joven América. El abogado en su oficina. La desastrada vejez. Entrada de Telémaco y Ulises. Un trato cerrado.

A las doce y media exactamente, bajo el sol del mediodía, que se derramaba sobre el pavimento de Wall Street, un joven, que tenía el piadoso nombre de Nathaniel, se ajustó en su rasurada cabeza el sombrero de paja por el que esa misma mañana había pagado la suma de veinticinco centavos y anunció que se iba a comer.

COVERT

Abogado

contemplaba la oficina (era un bufete de abogados en el sur de la ciudad) desde la puerta, que estaba abierta de par en par con el fin de que entrara el

fresco. En ese momento, el verdadero Covert levantó la vista de su mesa entapetada. Se encontraba en una estancia interior en la que todo —la alfombra, las estanterías, el olor a mohó, el butacón con cojines de piel y una de las tres ventanas que había, parcialmente abierta— mostraba que era el santuario de su amo y señor. Por el porte del caballero se sabía que pertenecía a la Secta de los Amigos, o cuáqueros. Era un hombre alto, marcadamente encorvado, con un rostro pálido y cuadrado que mostraba un afeitado muy apurado. Pero, a cualquiera que tuviera conocimientos de fisonomía, no le pasaría inadvertido un cierto toque entre satánico y santurrón en sus ojos. Barruntando que esa parte del rostro desmerecía del conjunto, el señor Covert tenía la costumbre de bajar sus órganos visuales. En esa ocasión, sin embargo, se le iluminaron ante su chico de los recados.

—Sí, vete a comer. Los dos podéis iros —dijo—. Quiero estar solo.

Wigglesworth, el empleado, un hombre que siempre olía a tabaco —lo fumaba y lo mascaba sin parar—, abandonó el alto taburete que ocupaba en la esquina, donde había estado copiando sin prisa alguna un documento.

¡Viejo Wigglesworth! Mereces unas palabras de elogio y lamento, porque el Señor te dio un buen corazón, mi ridículo y chiflado abuelete.

Pocas escenas más tristes he contemplado que la que ofrecen esos ancianos que se ven por aquí y por allá en Nueva York. Aparentemente no tienen mujer ni hijos, y son muy pobres; sus labios cubren unas encías desdentadas; van vestidos con ropas raídas y sucias, y terminan sus vidas debatiéndose entre la honorable inanición y el hospicio.

El viejo Wigglesworth una vez fue rico. La culpa de sus pérdidas y las penurias de su vejez no se debían ni más ni menos que a sus excesos con la bebida. No era un completo alcohólico, pero nunca estaba sobrio del todo. Covert le pagaba un salario de cuatro dólares a la semana.

El antes mencionado Nathaniel era un chico menudo de inagotable ambición. Su máxima aspiración era poder montar algún día un caballo de su propiedad en Third Avenue. Hasta que llegara ese momento, fumaba puros baratos, fijaba con esmero el brillante pelo castaño sobre las sienes a la manera llamada «petrificada en jabón», y salía a toda velocidad de la oficina para hacer recados. De vez en cuando hacía un alto para solventar una disputa, bien con la lengua o con el puño. Todo porque Nathaniel era valiente y, de natural, tenía una constitución que lo empujaba a imponer sus opiniones, incluso por medio de la fuerza en caso de que la necesitara.

Libre de la presencia de los dos, el señor Covert se sentó a meditar y a escribir a ratos, hasta

acabar una carta que, obviamente, le había costado mucho redactar. Después, la dobló, la metió en el sobre, lo cerró y lo guardó, asegurándolo con llave, en su escritorio.

Un golpecito en la puerta.

—Adelante.

Dos personas entran. Una es un hombre afable de mediana edad de lo que llamamos la clase obrera. El otro es su humilde servidor, el que se preocupa por narrar estas aventuras para su entretenimiento. Su nombre es Jack Engle, y, en el momento de esta presentación, tiene la bulliciosa edad de veinte años, mide descalzo casi un metro ochenta, tiene unos ojos marrones y unas mejillas rojas para que le hagan juego, y siempre se queda mirando a las chicas fijamente cuando salen de su trabajo en el sur de la ciudad y se van a casa pasando por la calle Nassau.

—El señor Covert, supongo —dijo mi compañero.

—Así me llamo, caballero. ¿Quieres tomar asiento?

—Mi nombre es Foster —se presentó mi compañero, acomodándose en una silla y poniendo su sombrero en la mesa—. El otro día le mandé unas líneas, supongo que las habrá recibido.

—Ah, sí, sí —dijo el abogado con parsimonia. Después añadió, mirándome a mí—: ¿Entonces, este es el joven?

—Este es el joven, señor. Hemos venido a ver si podemos zanjar el asunto. Verá, yo quiero que él se haga abogado, una profesión que no le llama mucho y que él no hubiera elegido. Yo, en cambio, lo deseo de todo corazón. Al chico le gusta complacerme, así que ha accedido a poner todo su empeño en estudiar la profesión durante un año. Le he prometido que, después de esto, podrá hacer lo que le plazca.

—No es tu hijo, ¿estoy en lo cierto? —preguntó Covert.

—No exactamente —respondió el otro—. Aunque lo siento tan cercano que casi lo es. Bueno, ya sabe lo que quiero. Y, como soy hombre de pocas palabras, me gustaría saber su opinión.

—Bien, señor Foster. En cualquier caso, le daremos una oportunidad a tu chico.

Después, volviéndose hacia mí:

—Si vienes mañana antes del mediodía, entre las nueve y las diez, jovencito, dispondré de más tiempo para hablar contigo y comenzar el día juntos. Aunque ya te advierto que cómo te vaya dependerá tan solo de ti. Mi única labor consistirá en indicarte el mejor camino.

Y así termina el primer capítulo.

II

El noble lechero, lo confiado que era y la extraordinaria suerte que tuvo una mañana al encontrar un valioso tesoro.

Este capítulo es una retrospectiva obligada del anterior.

Entre los clientes más tempraneros que tuvo Ephraim Foster se presentó una mañana un chico de cabeza muy rubia, ni guapo ni feo. Ephraim tenía una tienda en una de las vías principales que cruzaban Grand Street, al este de la calle Bowery. Vendía leche, huevos y otras cosas. En invierno también era proveedor de carne de cerdo y salchichas, un negocio sólido y próspero por estos lares cuando hace frío.

La noble América rivaliza con la Antigua Grecia en su gusto por el cerdo. Cuando comienza la temporada se pueden ver, apiñados a lo ancho y

largo de las calles, los lugares donde se suministra esta delicia alimenticia invernal. Espléndidas lonchas rojas y blancas; jamones imponentes, ya sean frescos o ahumados; tocinos y cuartos delanteros; y, a veces, una cabeza sonriente de rollizas mejillas y orejas puntiagudas. Algunos se pirran por las salchichas especialmente picantes o la gelatinosa cabeza del cerdo.

Para preparar dichos artículos, el encomiable Ephraim siempre hacía maravillas. La gente confiaba en él, lo que ya es decir bastante para referirse a un vendedor de salchichas. Sin embargo, esta confianza era más que merecida, y aun así parecía poca. Era una de las mejores personas que ha existido jamás. De vez cuando la gente decía que Ephraim nunca haría nada importante, como, por ejemplo, coronarse rey de North River. Y, a pesar de ello, Foster se movía sin prisa pero sin pausa, también en los asuntos de dinero; sin duda con más rapidez y constancia que otros a los que se los consideraba más astutos. Era, sin más, amable por naturaleza, generoso, tolerante y desprendido. Lo hacía de manera humilde, pero no por ello resultaba ser un hombre de menor valía. Tenía una habilidad especial para cometer errores que le perjudicaban, como perdonarle de vez en cuando al cliente los centavos de la vuelta; y nunca escatimaba ni en el peso ni en el corte.

Y aunque el cartel de «No se fía» colgaba siempre sobre el mostrador, Ephraim se fiaba mucho, sobre todo si quien le pedía benevolencia era un cabeza de familia o si el padre o la madre estaban enfermos. Aunque estas acciones acabaron varias veces convertidas en terribles deudas, de importancia considerable para un hombre que se dedicaba a este tipo de negocios, era increíble ver cómo, al final, no salía perdiendo.

Una vez, el año después de que cierta factura impagada, onerosísima, hubiera sido dada completamente por perdida, y el pobre oficial de ebanistería que la adeudaba se hubiera mudado a otro lugar en la ciudad, vino este a pagarla una tarde, como hacen los hombres de verdad. Las cosas le iban un poco mejor. A la mujer de Ephraim le trajo de regalo un costurero. En otra ocasión, la cuenta de una pobre mujer con niños pequeños no dejó de crecer en todo el invierno. De no haber sido así, hubieran perecido todos de inanición. El esposo, un holgazán de mal carácter, había fallecido, y los amigos de ella la habían recogido. Puede que parezca extraño, pero, con el tiempo, ¿quién encontró trabajo de cocinera en una casa adinerada, tres bloques más arriba? Pues no otra que la misma mujer. Esta engordó y recobró el color trabajando y viviendo en un lugar de bien. No solo pagó la vieja cuenta sin importarle que fuera

larga (Ephraim le dijo que no se preocupara y, si quería, que se marchara sin pagarla, pero la noble cocinera se ofendió); no solo pagó la deuda, sino que también le aportó a su viejo amigo una rentable clientela. La historia de las buenas acciones de Ephraim llegó a oídos de la señora de la casa rica, y, desde allí, a otros. Y pueden estar seguros de que Ephraim no perdió nada al seguir actuando de esa manera. Valiéndose de su bondad, se podría decir que ganaba lo suficiente para equilibrar las cuentas que sí eran malas de verdad, esas de los clientes que no siempre regresaban para pagar; esas malhadadas facturas que se daban por pérdidas del todo.

Esta clase de persona era la que el niño con cabeza de color de lino tuvo la suerte de encontrar. El pequeño, que contaba unos diez años, no tenía aspecto de haber procedido a su aseo matutino. No llevaba sombrero e iba descalzo.

—¿Y quién eres tú, caballere? —preguntó Ephraim, pues era la primera vez que veía al jovencito, pues creía, o al menos eso pensaba, conocer a toda la chiquillería en doce manzanas a la redonda.

El rubiales miró la cara del tendero y le contestó que normalmente lo llamaban Jack.

—¿De dónde vienes? —siguió Ephraim.

El señorito Jack lo miró de nuevo, pero no contestó. Inhaló una fuerte bocanada de aire y la

dejó escapar, como ese medio suspiro que a veces emiten los niños. Seguía con los ojos clavados en los de Ephraim.

Por fin se decidió a hablar.

—Quiero desayunar.

Ephraim dejó de arrastrar por un momento sus cajas y botellas de leche que trasladaba hasta la puerta. A su ligera confusión le siguió algo que se parecía bastante más a la vanidad gratificada. No a todo el mundo, ya fuera hombre o mujer, hubiera podido caerle en gracia el habla lacónica del pequeño infeliz. Carecía del descaro y de la frialdad del típico mendigo. Casi era una manera de decir: «Señor, he notado que usted es un hombre de buen corazón al que siempre le complace hacer una buena obra».

Había algo más. Diez meses antes, Ephraim había tenido una pequeña cabecita blanca, no muy diferente de la de Jack, solo que bastante más joven.

Quiso el destino que una melancólica tarde fuera a consultar a tres doctores en medicina, a los que después estaría acudiendo durante cinco días seguidos, al término de los cuales la pequeña cabeza blanca se volvió más blanca que nunca, porque había muerto. Por eso, desde entonces, el buen corazón de nuestro hombre sentía un cariño especial por los niños, todavía más grande que el que ya les tenía antes de lo sucedido.

Sin mayor dilación, y sin siquiera mencionarlo, el lechero y el niño, unidos por un acuerdo tácito, parecían ser una sola mente. El nuevo mozo tomó posesión. Los dos se ayudaban mutuamente preparando y organizando cosas. El rubio de pelo pajizo rociaba de agua las baldosas de la entrada y las barría. Hubiera hecho lo mismo con el suelo de la tienda, pero el dueño se le adelantaba.

A veces, entre trajines y barridos, Ephraim dejaba lo que estaba haciendo y se enfrascaba en la reflexión y la meditación. Probablemente sopesando la honestidad del recién llegado, porque, de vez en cuando, lo miraba con atención. Lo que pasaba por la mente del rubio ya lo he olvidado.

Y, sin embargo, alguna idea había de tener, pues era yo el joven y desamparado vagabundo que encontró un amigo en esa joya que era el lechero. Lo supieras o no, Ephraim, fue el espíritu de Dios el que te empujó. Si me hubieras rechazado con una contestación destemplada, se habría perdido un cuerpo y tal vez un alma, porque estaba yo sumido en una total desesperación: solo y sin hogar, a punto de convertirme en un delincuente o algo peor. Así es como estaba cuando tú, Ephraim, me rescataste y me diste amparo.